

que afirme aún más mi fe, y nos obtenga otra gracia, que á todos interesa.

—Rogaré, dijo Julia, que nos quite de la mente todo pensamiento inútil; para vuestro hijo la cosa no será difícil. Habrá mañana desaparecido todo, y pensareis en dar una justa dirección á sus sentimientos. La hora de partir iba pronto á dar: mistress Needle condujo á Julia á la portezuela del coche: su beso último no sonó sin lágrimas sinceras de la una y de la otra.

LXXXVII.

EL CORAZON EN LA FAMILIA.

Julia se entretuvo un día deliciosamente en Nuestra Señora de Lourdes, con su tío; tenía precisión de templar su espíritu en los pensamientos de la bienaventuranza, y fortalecer su corazón con los consuelos religiosos. Si bien el hecho de cumplir el propio deber cede no poco en honra y alabanza de las almas generosas, la naturaleza frágil se resiente con frecuencia, y gime bajo la cuchilla del sacrificio. Ella observaba deshecho su nido en un instante, cuando más dulce le parecía, y rotos de

manera bien desagradable los vínculos de una familiaridad suavísima. ¿Por qué había debido retirarse, casi fugitiva, de Parque Verde? Porque su fortuna no estaba seguramente al nivel de su nobleza, y porque, á los ojos del mundo, lo ilustre de su linaje parecía empañado por el oficio, casi servil, por ella ejercitado; sentíase sin fuerzas para entrar en su casa donde se hallarian mal ella y su esposo. Renunciar á la mano de John no era para el corazón de Julia una herida sensible, porque aún no había sentido un amor tan inesperado; pero la causaba dolor grandísimo deber abstenerse hasta de pensar en él, por lo distinto de su condición.

La herida interior hallaba su bálsamo en la conciencia de haber dignamente declinado una honra inconveniente, y de no haber comprometido por su propia utilidad el honor de la familia que consideraba su bienhechora. La fe y la piedad dulcificaron la humillación, presentándose de nuevo con frente serena y semblante tranquilo. En el ínterin su curador le iba informando minuciosamente de las condiciones de la familia y de sus asuntos. Había logrado arreglar bastante sus intereses, y esperaba poder rendirle cuentas de su ad-

ministración apenas llegaran á Nápoles, por haber ella llegado á la edad legal. Había conseguido al fin los cuatro mil ducados que manejaba en nombre de su pupila y que habían ido á lo profundo en la común desventura. No era ciertamente un gran capital, pero sí una cosa regular, que podia unirse al considerable legado de Smith. Quedábale además á Julia la casa de la Sandía, salvada del desastre.

En Nápoles halló á su familia muy alegre y gozosa por verla nuevamente, después de tan larga ausencia. El conde Octavio, socorrido regularmente por su hija, había vuelto á vivir en la ciudad, y había montado una habitación no señorial, pero decente. La condesa madrastra, durante la ausencia de la joven, había, por fin, aprendido á tenerla en el buen concepto que merecía, y que no le dispensó estando presente. Llegaba Julia, por otra parte, con el semblante lleno de paz y la sonrisa en los lábios; lejos de recordar las ofensas y los servicios prestados á la familia, preséntase respetuosa y afable con su madrastra é hijos de ésta, á los cuales afectuosamente llamaba hermano y hermana.

Tomóla su padre aparte, queriendo que le manifestase con todos sus pelos y seña-

les la causa de su vuelta repentina y misteriosa. Julia en pocas palabras le confesó la verdad, siendo su conducta grandemente aprobada y encarecida por el viejo noble.—Esto no impide, añadió, que debamos gratitud eterna á tales señores. Escribiré una carta de gracias. . . . Quiero que conozcan que, por haber decaído de nuestro rango; no nos faltan sentimientos cristianos y caballerosos. No me pesa manifestarme reconocido á quien nos alargó la mano en nuestra desventura.—La carta para mistress Needle partió aquel mismo día, escrita dignamente, sin la más lejana alusión al motivo por el cual Julia había se alejado de Parque Verde. Julia incluyó dos hojas de papel finísimo, llenas de gratitud, de cortesía y de afecto. Mandaba innumerables besos á sus discípulas: de John no hablaba sino en general, prometiendo conservar diariamente más vivo el recuerdo de Mistress Needle y de su familia.

Respondió á vuelta de correo la señora, en términos de la más afectuosa cortesía. Dijo al conde que no entendía que hubiera Julia salido de casa Needle, ni dejado la educación comenzada de sus hijas, creyendo que habíase alejado temporalmente por motivos de delicadeza que la honra-

ban mucho, haciendo que la familia la respetara y quisiera más aún que antes. Añadió que juntamente con el capital que había Julia dejado en su poder; le haría llegar cada trimestre toda entera su pensión ordinaria. Así respondía mistress Needle al padre de la joven. A ésta, sin tocar la cuestión de los intereses, hablaba con el corazón en la mano, llorando desoladamente su propia condición, por verse privada de su amiga dulcísima; afirmaba que no sabía tranquilizarse ni conformarse con su suerte, como también que volviera de la muerte á la vida cuando, desvanecidos todos los obstáculos, pudiera confiarle nuevamente á sus hijas. No había en toda su larga epístola un saludo de su hijo, ni la menor indicación á su persona. Por el contrario, Clara y Clemencia correspondían á las ternuras de su Maestra con cien besos, y le daban las gracias por cuanto había hecho por su instrucción, y sobre todo (añadía la madre) “por el incomparable y celestial amor con que nos has encaminado á todos por la verdadera vía de la salvación eterna.”

No dejó trascurrir tiempo para replicar el conde Octavio de los Laureles. Dijo que agradecía extraordinariamente la inago-

table generosidad de mistress Needle, y que aceptado había sus favores cuando la mala fortuna le constriñó á salvar su honor con las fatigas honradas de su hija; pero que habiendo mejorado las condiciones de los suyos, no podía de ningún modo admitir la pensión, que carecería de título real, porque Julia se consideraba ya libre de su cargo de aya; finalmente, manifestaba que sin embargo quería asumir la obligación de la gratitud por la graciosa oferta, como si la hubiese aceptado en realidad.

Después de cuyas tres cartas hubo silencio casi cerca de un mes por ambas partes. Cuidaba Julia de su familia. Su padre que había envejecido mucho durante los dos años de vicisitudes domésticas, parecía rejuvenecer y renovarse con el nuevo sostén, porque su hija, además de las tiernas solicitudes con que le hacía olvidar su ausencia larga, le hizo entender que para la educación de sus hijos podía descansar en ella. —Ahora, decía, tengo todo el espíritu recogido en casa. Después de dos matrimonios que han fracasado con tan cruel humillación, sólo tocar semejante punto me daría fiebre. Tengo algo con que formar un nido para mí: entre la parte de la dote que ha vuelto á pescar el tío, la casi

ta que no pudo ir á pique, y aquel poco me hizo llover el Señor, hay bastante para que vivamos todos en quietud y caridad: viéndoos á vos y á toda la familia prosperar y crecer venturosa, experimentará gran placer mi corazón, que no busca otros objetos de complacencia.

—¿Crees tú que el hijo de mistress Needle te haya verdaderamente olvidado?

—A decir verdad creo ciertamente que nunca me amó de corazón. Figuraos que habiéndole visto durante un año ó más todos los días, no advertí nunca que me dirigiese una mirada simpática.

Entonces ¿cómo su madre de buenas á primeras manifestó deseos de que te casaras con él?

—No lo entiendo; en mi sentir, la cosa debió suceder así. estaba débil aún, y me quería mucho (¡ho! esto sí; lo debo confesar), me quería con el alma, ¡pobrecita! y parecíale bien dejarme acomodada con su hijo, así como dejar á sus hijas bajo mi tutela.

¿Y él?

—Conmigo no dió señales de vida con una palabra siquiera, ni una indicación. Imagino que habrá tenido alguna vez el pensamiento de contentar á su madre; res-

ablecida ésta, más que otra cosa, dejaba hacer. Ahora, léjos de los ojos, léjos del corazón. Lo que sucedió sucedió, y si te he visto, no me acuerdo.—

Más Julia, con todo el conocimiento que tener creía del carácter de John, se engañaba maravillosamente.

LXXXVIII.

UNA CABEZA DE HIERRO.

Mientras Julia en Nápoles consagróbase tranquilamente á cuidar con amor de su padre, de su madre y de sus hermanos, deseando sólo la quietud de una joven dedicada por completo á cumplir sus deberes de hija y de hermana, su recuerdo no dejaba tener paz en Parque Verde á los que habíanla conocido y amado. Los amigos de la casa Needle, á los cuales no se pudo encubrir la razón de su precipitado acuerdo, decían á su favor cuanto bueno imaginaban, reconociendo que nada más decoroso